

FRAGMENTO AMBROSIANO TOMADO DE TEODORETO, DIÁLOGO POLIMORFO II.

Del santo Ambrosio, obispo de Milán, en la Exposición de la fe.

Confesamos a nuestro Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos sin principio según la divinidad; y en los últimos días, encarnado del mismo de la santa virgen María, asumiendo al hombre perfecto de alma racional y cuerpo, consustancial al Padre según la divinidad, y consustancial a nosotros según la humanidad. Pues la unión de dos naturalezas perfectas se ha realizado de manera inefable. Por eso confesamos a un Cristo, un Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, sabiendo que, siendo coeterno con su Padre según la divinidad, según la cual también es creador de todo, se dignó, después del consentimiento de la santa Virgen, cuando dijo al ángel: "He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Luc. I, 38), construir inefablemente para sí un templo de ella, y unirlo a sí mismo desde la concepción, no un cuerpo coeterno traído del cielo de su propia sustancia, sino asumiendo de la masa de nuestra sustancia, es decir, de la Virgen, y uniéndolo a sí mismo.

No transformado en carne el Verbo de Dios, ni apareciendo como un espectro, sino conservando su sustancia sin cambio ni alteración, unió a sí mismo las primicias de nuestra naturaleza. No tomando principio el Verbo de Dios de la Virgen, sino siendo coeterno con su Padre, se dignó unir a sí mismo las primicias de nuestra naturaleza por su inmensa bondad, no mezclado, sino apareciendo uno y el mismo en ambas sustancias, como está escrito: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19). Pues Cristo Dios es disuelto según mi sustancia, la cual asumió; y el mismo levanta el templo disuelto según la sustancia divina, según la cual también es creador de todo.

Nunca después de la unión, que se dignó unir a sí mismo desde la concepción, se apartó de su templo, ni pudo apartarse por su inefable bondad. Sino que es el mismo pasible e impasible; pasible según la humanidad, impasible según la divinidad. "Miradme, porque yo soy, y no cambio" (Malaquías III, 6). Resucitando pues su templo, el Verbo de Dios, y realizando en él la resurrección y renovación de nuestra naturaleza, mostrando esto a sus discípulos, decía: "Palpadme y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lucas XXIV, 39); para que, considerando al que tiene y lo que es tenido, no veas mezcla, ni conversión, ni alteración, sino unión realizada.

Por eso también mostró las marcas de los clavos y la herida de la lanza, y comió delante de los discípulos; para que de todas maneras les persuadiera de la resurrección de nuestra naturaleza renovada en él. Y aunque según la bienaventurada sustancia de la divinidad es inmutable, inalterable, impasible, inmortal, sin necesidad de nada, permitió que todas las pasiones fueran infligidas a su templo, y lo levantó con su propio poder, y a través de su templo realizó la perfecta renovación de nuestra naturaleza.

A aquellos que dicen que Cristo es un hombre simple, o que el Verbo de Dios es pasible, o que se transformó en carne, o que tuvo un cuerpo consustancial, o que lo trajo del cielo, o que es un fantasma; o que dicen que el Verbo de Dios, siendo mortal, necesitó ser resucitado por el Padre, o que asumió un cuerpo inanimado, o un hombre sin mente, o que las dos naturalezas de Cristo se confundieron en una sola naturaleza por mezcla; y que no confiesan que en nuestro Señor Jesucristo hay dos naturalezas inconfundidas, pero una sola persona, en cuanto que es un solo Cristo, un solo Hijo, a esos los anatematiza la Iglesia católica y apostólica.

